

Luis Pericot García, *La España Primitiva*, ed. Barna, Barcelona, 1950

Autor:
Sánchez-Albornoz, Nicolás

Revista:
Cuadernos de Historia de España

1951, XVI, 172-174



Artículo

BIBLIOGRAFÍA

LUIS PERICOT GARCÍA, *La España Primitiva*, ed. Barna, Barcelona, 1950, 374 págs. y XXXII láminas.

Por tercera vez el profesor Pericot ha dado a la prensa una obra de síntesis de arqueología y prehistoria hispana¹. Los sucesivos manuales de Pericot parecen marcar etapas en el proceso de renovación de la ciencia arqueológica peninsular. Cada libro plantea, desde la raíz misma de cada cuestión, toda la problemática de la prehistoria española. A tal rigor estaba obligado Pericot por los continuos descubrimientos logrados en España y zonas culturales afines, pues los hallazgos han hecho envejecer en corto plazo las hipótesis emitidas. Las opiniones de Pericot siguen en cada nueva obra las mutaciones en los conocimientos científicos. Pericot, uno de los animadores de la escuela arqueológica de Barcelona, que orientaba Bosch Gimpera, se pliega hoy en este volumen en más de un aspecto a las tesis que contradicen la interpretación anterior de los materiales arqueológicos, corriente que paulatinamente va conquistando a los estudiosos españoles. En algunas ocasiones se comprueba aún cierto afán de conciliar interpretaciones opuestas; en otras hay un aporte personal, fruto de la experiencia directa adquirida en las excavaciones por él dirigidas. En general los problemas están abordados con cierta libertad, de la que, por ejemplo, han carecido los autores del primer volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, por demás tradicionalista. Pericot renueva así el esquema de la prehistoria española.

Comienza la exposición con referencias a las fases isidrense de industria bifacial y matritense musteroide, así como a los yacimientos portugueses preglaciáres y a los lusitanienses. A los restos escasos y pobres de este paleolítico inferior sucede en España un paleolítico especialmente rico en hallazgos. El análisis de este período es quizá la aportación más interesante del profesor Pericot, quien tan bien le conoce gracias a las excavaciones en la cueva de Parpalló.

Diferencia Pericot en el auriñaciense dos facies: una común a todo el horizonte cultural y otra particular a la Península y el Mediodía de Francia, el

¹ La primera vez en 1923, *Prehistoria de la Península ibérica*; luego en el volumen primero de la *Gran historia de los pueblos hispanos*, correspondiente a la época primitiva y romana (Barcelona, Instituto Gallach, 2.ª ed., 1942); la tercera en el libro que reseñamos fechado en 1950.

gravetiense o « perigordiense », como fué bautizado por Peyrony. El gravetiense se caracteriza, como sabemos, por una industria lítica de puntas de dorso rebajado o de pedúnculo lateral (tipo La Font Robert). Geográficamente se reparten ambas facies la Península. El auriñaciense propiamente dicho dominó la zona cántabro-aquitana; el gravetiense la meridional y levantina. En este esquema del paleolítico superior, el gravetiense resulta muy valorado. Según el autor, los pobladores gravetienses perduraron en su mayoría a pesar de las invasiones solutrenses y magdalenenses. Estos epigravetienses llegaron incluso a convivir con capsenses, azilienses y asturienses mesolíticos. Forman pues un sólido « substratum » de la población de España. La dualidad auriñaciense-gravetiense explica la coexistencia de las escuelas cántabra y levantina de pintura rupestre. Pericot ha ampliado su tesis sobre la pintura paleolítica en un librito que dedica al arte rupestre ².

En el capítulo dedicado al Neolítico y Edad del Bronce, Pericot acepta la distinción en cultura hispano-mauritana y cultura ibero-sahariana, que propuso el profesor Martínez Santa-Olalla. Pasa luego a considerar, dentro de una etapa avanzada del neolítico, diversas áreas culturales, que dividen entre sí la extensión de la Península. Son: los agricultores y metalúrgicos del sudeste, quienes también se expanden por Levante; las altas culturas andaluzas; los pueblos atlánticos, los de la meseta central y el pueblo pastoril del Norte. El análisis del material es muy acabado, pero en cambio se deja sentir en este capítulo la carencia de un planteo profundo del problema étnico. Hoyos Sainz, en su estudio antropológico del neolítico hispano, ha hecho avanzar el conocimiento de los tipos raciales, aun cuando la escasez de restos no le permite resultados definitivos. Menghin por su parte ha trasladado al segundo milenio el debate sobre las poblaciones protohistóricas de España, cuestión que giraba, hasta ahora, dentro del primer milenio a. C. Ambos trabajos no han sido ni siquiera sometidos a crítica.

Entre el Bronce y la llegada de los celtas, Pericot sitúa una invasión ligur, protoindoeuropea o precelta no bien conocida. El reconocimiento arqueológico de esa oleada no equivale a la aceptación de la cuestión ligur en los términos que viene presentándose. Sobre tal problema Pericot ofrece un resumen, en capítulo aparte, de las opiniones en controversia. Suceden a esta invasión las oleadas celtas, que introducen el hierro en España. Luego Pericot estudia sucesivamente el problema de Tartessos, las colonizaciones griegas — en particular la focca — y las púnicas, la magna cultura ibérica de rico arte y compleja escritura, los pueblos celtizados de la meseta y la cultura de los castros galaico-portugueses. Por último dedica atención a la distribución en España de las diferentes tribus, cuyos nombres históricos se conocen por testimonios escritos. También describe los rasgos más acusados de su vivir y de su personalidad.

² LUIS PERICOT, *El arte rupestre español*, ed. Argos, Barcelona, 1950.

El material estudiado a lo largo del libro es principalmente arqueológico, pero no faltan nunca referencias etnológicas, raciales o lingüísticas, cuando los conocimientos lo permiten. Nace así del libro una imagen viva de los primitivos pobladores de la Península, a la que contribuyen las profusas ilustraciones del volumen.

NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ.